

RESEÑAS

SOBRE LA EXCEPCIÓN CRÍTICA

MORA, Vicente Luis: *Singularidades. Ética y poética de la literatura española actual*. Madrid, Bartleby Editores, 2006, 261 pp.

En estos últimos años han visto la luz algunos trabajos que han afrontado el análisis de la literatura española contemporánea sin los prejuicios y la estrechez de miras con que nos tiene acostumbrados la crítica literaria más cicatera y convencional; se trata de trabajos que han leído la literatura a la luz de las principales corrientes estéticas y de pensamiento que se han sucedido en el escenario internacional desde los albores de la modernidad. En este sentido, *Singularidades. Ética y poética de la literatura española actual* supone un golpe de aire fresco en el muchas veces enrarecido e interesado panorama crítico. Su autor es Vicente Luis Mora (Córdoba, 1970), narrador, poeta –ahí está su extraordinario y “singular” *Construcción* (2005)–, coordinador del Mapa Poético que se viene celebrando desde hace varios años en su ciudad natal y crítico literario en diversas publicaciones y en su blog personal “Diario de lecturas”, accesible en la web www.vicenteluis Mora.com.

Con un sólido y exhaustivo conocimiento de su ámbito de estudio, V. L. Mora lleva a cabo en *Singularidades. Ética y poética de la literatura española actual* un certero análisis de las principales líneas y tendencias que recorren ese panorama. Con la excepción de “Sueño y documento. La literatura de Javier Cercas” y “Trabajos del reconstructor. Caballero Bonald y la memoria”, artículos en los que se abordan cuestiones narrativas o relacionadas con el género autobiográfico, los restantes ensayos recogidos en este volumen son reflejo de una lectura *singular* de la poesía española actual –en la que Mora encuentra dos grandes itinerarios, una “poesía de la indagación” y otra “poesía de la recepción”– aunque muchos de sus argumentos –como trataré de mostrar– tengan un alcance y unas implicaciones mucho más generales.

Así, desde “Introducción. Descripción de una mentira”, el ensayo de título gamonediano que abre el volumen, pasando por “La poesía de la normalidad” (pp. 47-131, donde se defienden algunas de las tesis más sólidas de todo el conjunto), “Notas sobre poesía contemporánea joven”, “La supuesta poesía metafísica”, “Antología y ontología: la confusión entre el ser y el estar”, hasta llegar a “Programa crítico”, “El mapa de Pablo García Casado. Un mundo infeliz” y “Jorge Riechmann, trastorno y transformación”, más allá de las referencias y alusiones –más o menos anecdóticas y concretas– a títulos de obras y autores de la poesía y la crítica literaria más recientes, este volumen es todo un ejemplo de frescura y honestidad lectoras –en el que nunca se ocultan las referencias (Talens, Jiménez Heffernan, Eduardo Milán, Jordi Doce...)– a la vez que un inteligente y comprometido ejercicio de análisis crítico.

En las antípodas del rancio actuar de la crítica filológica más alicorta (incapaz de ver en el texto literario un producto ideológico, cultural, social), pero a la luz de esos grandes maestros que supieron ensanchar las fronteras de la filología y leer el texto literario como un documento escrito sobre la piel del mundo, con un bagaje de lecturas estéticas, filosóficas, políticas (¿pero cuáles no lo son?) verdaderamente arrollador (que para sí quisieran muchos de nuestros analistas literarios más conspicuos) y sin dejarse embarcar en paradigmas –caso de la deconstrucción– extraordinariamente atractivos y sugerentes para algunos de nuestros más preclaros críticos, V. L. Mora no oculta en ningún momento sus cartas y hace su particular apuesta: frente a la uniformidad y homogeneización con que parte de la crítica ha leído la poesía española actual, Mora lanza su defensa de la diversidad y, sobre todo, su propuesta de una lectura inocente y crítica al mismo tiempo, desprovista en lo posible de prejuicios y capaz de devolver al texto literario el protagonismo que nunca debió perder. Como señala Manuel Rico en “Lo saludablemente polémico”, prólogo de esta obra: «frente a las sectas que establecen cánones y definen estrategias que descansan en la exclusión o en el capricho, el rigor que apela a la obra escrita, a la única verdad posible en literatura» (p. 12). Muy próximo en algunos pasajes a los estudios culturales (Raymond

Williams), en otros a los planteamientos de la sociología crítica (Pierre Bourdieu y, más al fondo, la Escuela de Frankfurt), con frecuencia al hilo de una crítica dialógica de ascendencia bajtiniana, revisitando al joven Marx de la Tesis XI sobre Feuerbach que reivindicaba una transformación que superara la interpretación del mundo –«mi hipótesis es que en el dudoso caso de que la poesía no pudiera transformar (por supuesto, parcialmente) el mundo, sí al menos puede trastornarlo», p. 238–, *Singularidades. Ética y poética de la literatura española actual* es fruto de una tensión permanente y no elude el conflicto y el debate en ningún momento quizás porque quien escribe sabe que la *verdad* es una construcción histórica, un concepto inseguro en todo caso, algo que debería ser siempre resultado de negociaciones entre iguales y nunca una imposición de unos sobre otros. Se escarba un poco y uno acaba con frecuencia contemplando la mierda por debajo de la realidad («Una cosa es la realidad y otra la mierda», dejó escrito Manuel Sacristán), distinguiendo las relaciones entre los hechos y las interpretaciones, entre las situaciones y los discursos, hasta el punto de que en demasiadas ocasiones interpretaciones y discursos preceden de un modo perverso a los hechos y las situaciones. Debord, Bourdieu, Dorfles y Baudrillard, entre otros, han analizado con rigor las conexiones entre los montajes mediáticos de la sociedad del espectáculo y la construcción de la verdad y, desde esta perspectiva, V. L. Mora sostiene que «lo que habrá que estudiar son los métodos de construcción del simulacro, del artificio, de la mentira, para destruirlos», para acabar reconociendo que, al final, «Si después de limpiar todo encontramos que no hay ninguna verdad al fondo, tanto mejor» (p. 70). Deconstruir para después construir otro sistema, otro mundo.

Una de las propuestas más sólidas y coherentes que podemos encontrar en estos ensayos –recogida ya en el título con que se presenta el conjunto– es la vindicación de la singularidad –ese rasgo tradicionalmente ignorado cuando no despreciado por la crítica artística de este país, acostumbrada muchas veces a funcionar de un modo borreguil y gregario–, una singularidad entendida como una marca de valía y excepcionalidad estéticas. Esa vindicación de la singularidad alienta también el trabajo crítico que algunos estamos llevando a cabo desde hace tiempo, un trabajo centrado en la necesidad de recuperar algo tan simple –pero al parecer tan difícil– como es el latido de los textos literarios, silenciado por ese poderoso instrumento de control social que es el mercado, que supone una pérdida de la individualidad y, por lo tanto, un aumento de los comportamientos acrílicos. Leer –como ya he apuntado en otros lugares y como hace en este caso Mora– la poesía española de estas últimas décadas desde esta perspectiva exige desprenderse de numerosos prejuicios, adentrarse en un vasto paisaje polifónico en el que es preciso diferenciar las voces de los ecos, “desandar lo andado” (por decirlo con el título de un libro de Riechmann) y volver a escribir –o escribir, sin más, por vez primera– la historia de sus diferentes itinerarios. Se trataría, en suma, de activar desde la crítica un proceso de indagación e interrogación sobre el alcance y los límites de la poesía, un proceso en el que se han volcado algunas propuestas poéticas de estos últimos años y que ha consistido en la puesta en marcha de una crítica radical de las relaciones entre el lenguaje y la realidad, y esa crítica –que algunas vanguardias históricas hicieron suya– es propia de una actitud permanente de vanguardia, entendida como «un espíritu de renovación de las estructuras artísticas de cualquier momento» (p. 102).

Vicente Luis Mora ajusta su análisis al marco teórico y epistémico de la posmodernidad, un escenario en el que la fijación de la escritura ha sido sustituida por la movilidad de las lecturas, el realismo por la simulación y la apariencia, la realidad sensible por la realidad virtual, el logocentrismo por el discurso holográfico y de las imágenes, la lógica lineal, coherente y discursiva por la elipsis y la fragmentación inconexa y discontinua. Al parecer, esta situación ha alentado simultáneamente actitudes iconoclastas y conservadoras, transgresoras y proteccionistas. Si, por un lado, se ha tratado de romper el cordón umbilical que nos unía a la idea de un canon rector a través del pluralismo, la divergencia, la diferencia, la diseminación y el descentramiento, por otro –desde ese lugar ocupado por los defensores de la aquí denominada «poesía de la normalidad» (pp. 47 y ss.)– se ha intentado mantener activo ese contacto mediante una recuperación de los recursos expresivos más tradicionales, en los que lo referencial y lo figurativo, lo anecdótico y lo narrativo han cobrado un renovado protagonismo.

RESEÑAS

Quienes hemos dedicado algún tiempo a estudiar cuestiones relacionadas con la modernidad y la posmodernidad somos conscientes del exiguo papel desempeñado por la cultura artística y el pensamiento españoles en la construcción de ambas epistemes. V. L. Mora señala con acierto que el pensamiento y el quehacer artístico españoles han heredado «dos rémoras históricas de peso» (p. 16), dos lastres o dos carencias, según se mire, que han impedido que la cultura española comparta latidos con otras culturas de su entorno. La primera de esas rémoras es la carencia de un romanticismo español –en un sentido parecido a como se produjo en Alemania, Inglaterra e, incluso, Francia–, carencia que impidió el acceso de España a la modernidad; la segunda fue ese regalo envenenado que supuso –según recuerda Mora con un título de C. E. Ferreiro– «la larga noche de piedra del fascismo» (p. 17), un fascismo que vino a coincidir en el tiempo con el inicio de la posmodernidad y que asimismo impidió que sus aires entrasen en el país. Ese vivir al margen de los grandes desafíos de la modernidad y la posmodernidad ha provocado en la cultura literaria española una ausencia de reflexión y de pensamiento crítico que ha heredado la poesía más joven y que se aprecia en «una notable reticencia no sólo a la teoría en cuestiones de poética, sino a que la teoría *puñera u osara* manchar o salpicar el poema» (p. 48). De la teoría –ese bicho raro y peligroso– hay que huir como de la peste no sea que nos haga pensar y que se tambaleen nuestras bases, por ejemplo, poéticas.

Así pues, y teniendo en cuenta estas carencias, esta situación de precariedad ideológica y teórica en que nos encontramos, sería deseable fomentar –si es que queremos entender nuestro tiempo y el lugar que en el mismo ocupa la poesía– «una respuesta teórica modificada», en palabras de Fredric Jameson, forzar un desplazamiento del punto de vista desde el que se contempla la producción cultural posmoderna, un desplazamiento que supone la deconstrucción de sistemas filosóficos, estéticos y de pensamiento elaborados durante la modernidad y que implica, a la vez, un riesgo de pérdida de sentido. La literatura, decía Derrida, no sería nada sin ese riesgo, idea que hace suya V. L. Mora y que le lleva a elaborar una propuesta teórica concebida como una obra en marcha, un trabajo crítico en construcción, no fijado de antemano sino sometido a las inclemencias y conflictos generados por los diferentes acontecimientos, un análisis de la poesía española actual (se anuncia otro dedicado a la narrativa) basado en «una ética laica de la *singularidad*» (p. 39) y, en este sentido, «hay que destruir, o al menos deconstruir, la dinámica previa de la crítica *española*» (p. 45), y un espejo en el que contemplarse lo tiene en la crítica latinoamericana, mucho más abierta y receptiva a las singularidades (un libro citado con frecuencia por Mora es el extraordinario y radical *Resistir. Insistencias sobre el presente poético* del poeta y crítico uruguayo Eduardo Milán).

Este proyecto pasa por reescribir la historia y la crítica de la poesía española de estas últimas décadas teniendo en cuenta que son la diversidad y la heterogeneidad –y no la uniformidad y el monologismo– sus principales señas de identidad; el trabajo de Mora –elaborado con rigor, redactado con soltura y amenidad y apoyado en un considerable aparato crítico– se inscribe en este proyecto al reconocer expresamente que para «luchar contra el pensamiento único la única solución es comenzar a crear uno plural que nos incluya a todos» (p. 89). Sumar en lugar de restar, incluir en vez de excluir. Sin embargo, aceptar este estado de cosas es necesario pero no suficiente. Haría falta –y aquí me sitúo en un escenario en el que la poesía, la teoría y la crítica comparten rasgos y registros en esa otra forma ciertamente informe de discurso que es la escritura– prestar una atención mayor a esas otras voces que nos hablan desde el cuestionamiento de los modelos sociales y literarios institucionales, desde la otredad y el compromiso con sistemas políticos y culturales alternativos, convencidos –como señala Bernard Stiegler– de que «no habrá política de futuro que no sea una política de las singularidades». Ahí se encuentra uno de los principales desafíos de nuestro tiempo, un desafío que V. L. Mora ha sabido afrontar con una enorme generosidad y valentía.

Alfredo SALDAÑA
Universidad de Zaragoza